

"El vampiro rojo"

Es una novela sensacional donde se barajan todas las formas del interés, donde se tocan todos los registros de la emoción, donde la complicación de su asunto es un azar y un deleite constante para los lectores.



EL VAMPIRO ROJO

primera obra que se lanza en España de Jack Forbes, es, sin disputa, una de sus novelas más sorprendentes. Su asunto es originalísimo y culmina constantemente en episodios de inusitada emoción.

5 pesetas

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones—
Librería Fernando Fe,
Puerta del Sol, 15
MADRID

LA NOVELA DE HOY

Año X

DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

Núm. 472

Madrid, 29 de mayo de 1931

El hermano Caín

POR

GONCHA ESPINA

Ilustraciones de ALVEAR



C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 30

EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid

EN EL PROXIMO NUMERO
PUBLICAREMOS

Un alma de librero

por

EMILIO CARRERE



ILUSTRACIONES DE

MEL

1

MANO BLANCA

Un quejido se macera en la sombra, se prende en la lluvia, gotea doloroso y extraño.

—Parece que alguien llora—dice, dentro de la casa, en el ancho zaguán confortable, una voz de mujer.

Un hombre replica:

—Sí.

Y ambas personas escuchan, deseando comprender entre los confusos rumores del temporal aquel gemido entrañable.

—Es un llanto de criatura—define Engracia—y está cerca, ahí debajo del balcón... Abre, Antonio, asómate y sabremos...

El hombre sacude la ceniza de su cigarro en un brasero de plata sobre el próximo velador, cierra el libro que leía y se mueve con desganada lentitud.

Llega una sirvienta a remover la lumbre del espacioso fogón tendido a ras del suelo. Es casi una vieja, carga un tronco pesado y tal vez lleve inten-

ciones de calentarse un poco, bien acurrucada bajo la honda chimenea.

Si no estuviese aquí el señorito, de seguro habría plática cerca de este primer fuego del año, dulce porque no es invierno todavía. Pero don Antonio provoca siempre a su alrededor una vacía soledad, un estéril silencio.

Y la señora mayor, doña Rafaela, se esconde todo lo posible en su gabinete cuando el sobrino está en Iruz. Apenas si a la hora de las comidas y a la de rezar el rosario se aparece con timidez en la mesa y en el oratorio, con medroso titubeo en las frases y una expresión quebradiza.

Sólo Engracia procura acompañar a su hermano; a lo menos darle su presencia como un generoso acercamiento que le oculte aquella desolación producida por él mismo.

—¡Ay, Mercé!—exclama la señorita—, sal tú, a ver quién llora en esa negrura.

La dueña de aquel nombre tan pródigo que se da sin que le pronuncien entero, acude solícita al mandato, y una ráfaga de aire tormentoso entra con la noche en la casona.

Dentro de la forastera oscuridad insiste la voz humana que parece caer rota desde la frescura de los árboles, convertida, casi, en el ronquido misterioso de un animal que sueña.

—¿Quién es?—pregunta de nuevo Engracia.

—¡Válgame la Virgen!... ¡Lloviendo a manta de Dios y esta pobre aquí, abandonada, medio dormida!

—Pero ¿quién es?—interroga, al cabo, Antonio Remesal, con evidente desconcierto.



—¿Quién ha de ser?... La *Rubia*.

Y una niña, como de nueve años, empujada por Mercé, penetra en la habitación con el paso inseguro. Lleva en la mísera ropa la humedad de los follajes, en el pelo el color de la luna, en los ojos el pasmó celeste de la infancia. Ojos castaños, más bien morenos, dormilones ahora, que, lentamente, se espabilan, fulgen y sonríen.

Este ser, garrido en su tamaño, alegre en su abandono, con un fuerte ritmo de vitalidad y donosura, viene de la Naturaleza, del monte y de las aguas; del mar y del sol, lo mismo que del valle. Es hija de muchos alburess y no parece traer al mundo una misión que cumplir, sino un dramático sentido de fatalidad.

—¡La *Rubia* otra vez!—gruñe Antonio entre dientes.

Y se le aumenta la crueldad de la mirada; los iris, con puntos microscópicos, estrías fogosas arraigadas en las pupilas, se le truecan en hilos rojos que le desaparecen dentro de los párpados.

Los entorna y yergue su gran tipo cenceño y montañés, elegante, con cierta bravura de marino y cazador. También con una insolencia orgullosa, poco viril: un signo decadente le alcanza por encima del aristocrático blasón que erige como un testimonio de irresponsabilidad en toda clase de aventuras. El heráldico señorito debe y no paga; ni el dinero ni las promesas; ni la honra ni el amor; presume tener una extraordinaria franquicia para cuantas lides apetece. Y ahora pregunta, con el entrecejo nublado:

—¿A qué vienes aquí?

—No sé—dice la chiquilla mirando vagamente al hombre dañado.

Pero ya Engracia la liberta del áspero interrogatorio, y le acaricia la frente con acendrada ternura, como si la quisiera modelar bajo sus pálidos dedos, en la desatinada compasión de aquellas manos ojiuales, tan propensas a la curva de los halagos y las oraciones.

—Dime: ¿Tienes frío? ¿Te quieres calentar? ¿Cómo andas por ahí en medio de la borrasca, a estas horas?

—¡Es una pérdida, una salvaje!—acusa Antonio. Y su hermana deduce:

—¡No habrás cenado!

Mercé escaliba el fuego para disimular su turbación, atropa rescoldos, añade combustible y se retira muy asustada.

La vocecilla, gimiente al principio, se fué haciendo vibradora, como de flamante cristal.

Y de pronto la niña percibe en el resplandor de su alegría insensata sonidos y colores de una vida nueva, como si conquistara un mundo reciente, un maravilloso país imaginario. Paredes, lumbre, techo, alfombras, claridad y, sobre todo, el roce íntimo de las manos únicas, las que ella suele ver desde lejos extendidas en la iglesia para subrayar un responso, acaso levantadas, un instante, sobre las blondas de una mantilla, o bajo el cierre sonoro de un abanico. Manos que son para la *Rubia* algo sin ejemplo; le parecen luminosas y musicales: aquel relucir de las uñas y las sortijas, aquel ruido lujoso del rosario

y las pulseras... No hay otras que se muevan así con blandura y rumor, con destellos de luz.

Se entrega al hechizo de un placer semejante y no teme al hombre que la riñe. Hasta le desafía con el trémulo puño cerrado. Puede sentir hambre y sed, pero miedo no, miedo nunca. Si por descuido lo manifiesta, entonces es cuando los rapaces la hostigan con pedradas y con insultos. Y si hoy ha gemido, transida en el cabalgador de la entrada, era en sueños. Despierta nunca llora ni pide: a nadie importuna.

Todavía el pechito guarda la cadencia triste de un sollozo, y ya la niña se defiende, con instintiva prontitud, del miedo, que es su mayor peligro.

—¿Qué, me amenazas?... ¿A mí?—Ella azloja el puño, recordando, sin saber con cuál sentimiento, que aquel señor es su padre. Se lo dicen todos los días, se lo vociferan como una injuria. Nada le importa: ni le satisface ni le duele, y aun supone que no estaría de más darle un envite, en la misma cara, o al menos intentarlo: por el brinco y la intención no había de quedarse.

Pero ese hombre es pariente de esta señora dueña de unas manos blancas, las más hermosas nacidas; que suenan y relumbran con un lenguaje divino; que embalsaman y nutren y confortan. En aquel momento, ¡qué bien huelen y saben!

La *Rubia* casi las mastica a fuerza de resobarlas con los labios, golosa y apetente, ebria de su perfume y su calor. Y se sustrae en absoluto a las recriminaciones de Antonio:

—¡Desarrapada, sucia, atrevida!

La pequeña no le atiende. Esas cosas se las llaman a cada rato su abuelo y su madre. Se encoge, hambrienta de las caricias de Engracia, restregándose contra los vestidos señoriles en mimoso regodeo.

—¡Si la dejásemos con nosotros!—susurra la joven enardecida.

—¿Aquí? ¡Estás loca!

—No, Antonio: es tu hija.

—Te diré...

—Tú sabes que es verdad.

—Aunque lo sea.

—Está desamparada; va creciendo... Es un borchorno que la tengas así.

—Y yo te prohíbo meterte en mis asuntos.

La hermana, que desea callar, sufre una obsesión que le perfora la conciencia: es un mandato indomable que le obliga a insistir.

—Mamá quiso recoger a esta niña; quiso que la reconocieras tú, y me dejó encargado...

—La cantilena de siempre—interrumpe Antonio—. Soy mayor de edad y no necesito consejos.

—¿Ni de tu madre?

—¡Bah, tampoco!

La dama, vestida de luto, reconstruye en su memoria el último adiós maternal: el reflejo gris de la carne yerta, la ramazón de nubes en los ojos; en los labios, ya enmudecidos, juntas las graves recomendaciones que no se habían de cumplir: —No dejes a tu hermano; vela por él para que no acabe de perderse; que dé nombre a su hija, que la críe y eduque y en ella se haga perdonar sus culpas...

—Hay que obedecer a los muertos—prorrumpe

Engracia en alta voz—. Estoy resuelta a que se cumpla la voluntad de mi madre.

—¿Cómo?

—Lo mejor posible.

—Eso se verá.

La mujer no es tan valiente como la niña. Tiene miedo, un miedo enorme, ahito de experiencias y amarguras; ese lúgubre pavor humano que se desconoce en la ignorancia y se aprende en la ferocidad del mundo.

El tono varonil es amenazador. Y no obstante, la mujer se levanta, esbeltísima en su belleza, poderosa en un santo esfuerzo.

—Tu hija ya no sale de aquí—pronuncia.

La rapazuela, que se le ha metido entre los brazos, atiende a la terrible discusión con ávido interés, como si comprendiera que ha de vivir muchos días de aquellas palabras, alimentándose de amor y de odio según se le aviven los recuerdos.

Y el padre bárbaro resuelve poner fin a la tremenda situación con un acto de violencia que amedrente del modo más persuasivo a las dos frágiles criaturas.

Les arranca del abrazo que las une con un fácil desquite, abre la puerta y arroja a la niña en la oscuridad.

No se oye una queja ni un grito. Pero ha saltado la noche dentro del corazón de Engracia, llenándole de sombras y de viento con todas las inclemencias de la tempestad.

Y un largo fragor cósmico repercute en la sangre de la mujer, como eterno pulso de las sobrehumanas rebeliones.

II

LA DIOSA DEL FUEGO

Quedan los hermanos frente a frente. Ella, sacudida, muy pálida, descubre en el rostro de él, más acentuada que nunca, la expresión de muchas imperfecciones secretas, un relajado semblante de perversidad.

Es que la nativa elegancia, el aire infanzón, se desvirtúan en un canalesco desgarrar cuando aquel hombre abandona su máscara social, ya bastante raída.

Decidido y brusco, no espera que se le entibie el coraje; porque le urge acorrallar, de una vez para siempre, a la defensora de la *Rubia*.

—De modo que ya lo sabes—reitera, soberbio—. La chiquilla desastrada y torpe que acabo de echar de aquí no tiene que ver conmigo... ¡porque no me da la real gana!...

Comienza a pasearse con furor mientras crujen las horcinas en el hogar y afuera viven lúgubrementemente la noche y la lluvia.

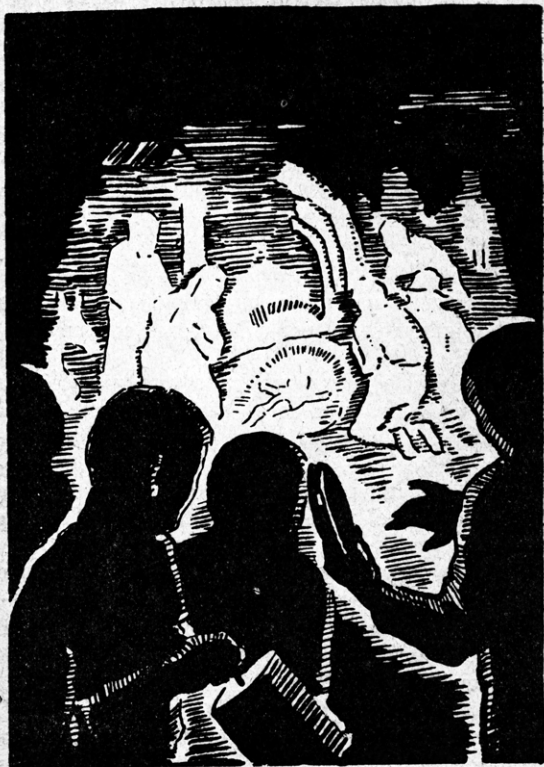
Delgado, macilento, verdoso, Antonio Remesal esconde apenas su fatiga. Se le redondea, oscuro más que de costumbre, el anillo de los ojos, ávidos y sombríos, y tiene en la boca un gesto de arisca lividez, una mueca de hastio y enfermedad.

Ahora se habla poco de sus barragañadas y atropellos "galantes", a paso de monte, en las cercanías de Iruz; y mucho de sus escándalos de ruleta y *cabaret* en Madrid. Le ha perdido el gusto a Torre-mar, la población capitala de la comarca, y sólo se divierte en la corte, esquilmando la fortuna y la salud con insensata precipitación.

En vida de su madre le bastaba la ciudad próxima para las aventuras y holgorios, cuando se aburría en la zona rural, ancha y fácil a sus caprichos, como un patrimonio que él se atribuye; un fuero de heredad nobiliaria extendido incluso a la doncella de las mujeres. Hoy, en posesión más directa de tan imaginarios derechos, pierden interés para el señorito las travesuras aldeanas y aun los elementos regionales de diversión.

Y a duras penas transige con el veraneo montañés, muy repartido entre las playas y los deportes de moda: bailes, tenis, balandro y remo. En Iruz breves días. Una ojeada administradora a sus propiedades, exigencias a los aparceros y arrendatarios, que no le miran bien, y unos celos voraces de su hermana, que resume allí las devociones de la gente, mediante un fervor lleno de cariño y gratitud.

Después, en el invierno cortesano, algunos viajes a la Montaña, pretextos de tributo familiar y ocasiones de alegres cacerías con hielgos de los contornos.



Esta es la última semana que le detiene su aldea, atisbadora del Cantábrico, vecina de cumbres y puertos montaraces; terreno de pastores y lobos; de rocas y nieves; de manantios y espeluncas. También de selvas y rosas; de calandrias y malvises.

Y el caballero está muy agrado al oportuno zarzagán y a la huracanada ventolera que le facilitan la marcha y le despiden sin acabarse el mes de octubre.

Es benigna la naturaleza que reina en el zaguán; pero a Engracia se le mojan las sienes con unas gotas de hielo.

De pie, ceñida por su túnica severa, parece más alta que en la realidad de su estatura gentil. Mimbrenña, flexible, enlutados como el vestido los grandes ojos y el cabello, luce apasionada la boca, de labios muy granate, peregrino el óvalo de la cara, en caliente suavidad, bajo el signo de una indefinible melancolía.

—Estamos en nuestra casa los dos—murmura, distintito el acento, que, no obstante, suena tembloroso—. Como tú has cerrado la puerta detrás de esa niña, yo la puedo abrir.

—¿Y qué?

—Y hospedar a tu hija.

—¡Hija de nadie!—rechaza Antonio con una interjección soez—. Ocupate de los tuyos; cuida de ellos como debes.

—¿Los míos?

—Sí; los alejas; te estorban. Todo el mundo censura que a su edad los internes lejos de ti, cuando más necesitan de tu solicitud, de tu vigilancia... Y me vienes con monsergas.

—Les he dado la vida dos veces. Llevo encima la señal.

Y rápidamente Engracia suelta un broche de su vestido. En lo alto del pecho, sobre la finísima tersura de la piel, enseña una especie de tatuaje encarnado, un misterioso y terrible dibujo que bien puede ser la huella de una cicatriz, marca de indeleble martirio.

Antonio se estremece como al restallido de un latigazo. No sabía que durase tan rotundo el sello de la ruidosa tragedia. Se domina y finge, aumentado, su desdén.

—¡Si; ya, ya...! Que los salvaste heroicamente... ¡La diosa del fuego! Una madre que se expone por las crías. Reacciones de animal; esa eterna fábula de "la leona y sus cachorros..." Muy bonito... ¡Si no tienes más que decir!

—¡Mucho más!—afirma, ronca, la voz de la mujer.

—¡Vaya!; una retahila de estupendo valor dramático y hasta literario... que en esencia nada contiene.

—Toda la verdad de mi vida; a la que nunca me refiero... si no me ponen en ese caso.

—¿Como yo, ahora?

—Exactamente.

—No continúes...

—¿Por qué no?

—Saldrás ganando si te callas.

—Pero ¿por qué?

Y cuanto más valientes son las preguntas, más subraya el hombre la interrupción; más envuelve las amenazas en un tono ambiguo de acuse y de prudencia.

Entonces Engracia afirma:

—No tengo ninguna deshonra que ocultar.

—¿No?

—Ninguna.

Pero la dudosa obstinación tal vez pone un contagio de incertidumbre en la negativa; esa vaga tendencia del inocente a sentirse culpable; el fenómeno que las acusaciones injustas producen, a menudo, en la rectitud de un alma.

Y aprovecha Antonio con certera sagacidad aquel movimiento indefinible:

—Me estás dando ocasión para una venganza aplastante.

—¿Venganza...? ¿De modo que tú necesitas vengarte de mí?

—¡Ya lo creo!

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—¿Con qué razones?

—Tremendas.

—Dilas. A ver.

—No; sería una crueldad que podría traer consecuencias demasiado graves... aunque merecidas. Y no trato de conseguir un éxito excesivo y doloroso... Nunca, ¡por Dios!

—Pues yo deseo que lo consigas.

—Te repito que no hablaré; traspasaría un lími-

te dentro del cual estoy decidido a mantenerme...

Ya los paseos del indignado señor se aminoran y reducen a una lentitud de templanza. Está él, por lo visto, orgulloso de haberse dominado; de perdonar y recoger en la misericordia del silencio muchas atrocidades ajenas.

En el campo gañe un perro, y su lastimoso aullido repercute en los agitados horizontes con una desolación casi humana: algo semejante al lloro trasoñado de la *Rubia*.

A Engracia se le ahonda la nocturnidad de las pupilas; se le acusa en los ojos, vastos y puros, el negro redondel, como le sucede a su hermano con frecuencia. Una oscura vegetación de ansiedades la inmoviliza y perturba, atosigada, vacilante en su propio ser.

Es que ella tuvo una ilusión estremecida de miedo; uno de esos amores que ya no existen en la tangible realidad, y que todavía tiemblan de espanto. Y la mirada se le va muy distante, fugitiva de su íntimo ardor; corre su memoria con la velocidad de la luz, sobre las amargas cosechas de muchos días sinieistros. De pronto vuelve de su atormentada evocación para decir, con súbita sencillez:

—A pesar de *todo eso*, que no sé lo que significa... ni tú tampoco, debo cumplir los encargos de nuestra madre.

—¿Y...?

—Que tu hija vivirá conmigo, si no le buscas otro albergue mejor.

Horrenda tirantez en la cara del hombre; afilado cuchillo en su acento.

—Oye; ¿te acuerdas, por casualidad, de Armando Lecuna?

—Sí—responde locamente la mujer.

—¿El poetilla que te bautizó con el... *subtítulo* de "La diosa del fuego"?

—¡Sí!

—¿Recuerdas su muerte, aún sin diagnóstico, suicidio..., asesinato...?

—¡Calla, por favor!

—¿Ves cómo debo callar?

—Pero es que *tu venganza* y sus fundamentos, los *delitos* sinuosos que me adjudicas, nada tienen que ver con ese asunto.

—¿Quién sabe...!

—¿Cómo?

—El muerto tenía en el bolsillo unas cartas tuyas. La señora se estriba en la pared, reclinando un poco su emoción.

—Nunca lo supe... No me las entregaron.

—Yo las recogí.

—Mal hecho. Tú mismo dices que son mías: ¡dámelas!

—Espera, espera. No te alborotes... Esas cartas... que bastarían a perderte...

—¿A mí?

—... Que pudieran deshonorarte...

—¡No es verdad!

—Atesoran una segunda importancia, un valor doble.

—¿También?

—No sólo en manos de tu marido, como inapela-

ble testimonio para una demanda por... No quiero pronunciar palabras gordas. Ya sabes que me he señalado un punto de reserva irreductible. Pero tus escritos, delatores hasta más no poder, en cuanto a la ley conyugal, tienen otro alcance jurídico... Infunden una especie de sospecha respecto a la posible complicidad de atentados...

—¡Qué infamia!

—Contra el padre de tus hijos... suponiendo que lo sea tu esposo...

Engracia se yergue, subida a los ápices de la indignación, brava y hosca, ceñuda. Se le ve en el gesto, en la centella de los ojos, un carácter firme, una insospechada energía.

Avanza, buscando la escalera, que tiene una rica alfombra sobre los cómodos peldaños.

—Sirven tus cartas además—continúa Antonio levantando la voz—como base a otras suposiciones. En ellas se alude al famoso incendio que te hizo *diosa*... para andar por casa... Y que bien pudo ser premeditado... Buena culpa a las costillas del consorte infeliz, ¿eh?

Sube por el hueco de la escalera la última con-fabulación del hermano, estruendosa para que llegue hasta la perseguida. Que en su aturdimiento le parece oír una zarabanda horrible de gritos; las voces de toda la oscuridad, de toda la podredumbre y la desdicha terrenas.

Poco después lo único que oye es su mismo sollozo, un llanto desconsolado y convulso que acaba por extinguirse también.

Era ya de madrugada; habían cesado el viento y la lluvia.

Vestida sobre el lecho, envuelta en un centón confortable, Engracia Remesal no escucha más que el silencio, esa corriente misteriosa de todo lo que tiembla y huye en la Vida: la sorda voz de la Eternidad.

Y le suena dolorosamente, como un eco de muchas interrogaciones juveniles en el vacío que deja un gran amor.

III

VICTORIA

Está la mar arbolada. Desde lo alto de Garbul, este monte norteño de las cercanías, se la ve espumosa y gris, ancha y sin límites, como un desierto. Y se la oye bramar, escupir, estirarse con desesperación.

Cabecean los ríos; azudes y saetines se hinchan en el valle y aceleran la industria en los molinos de maíz.

Por los corredores y solanas se orea tendido el fruto dorado de la mies: colgaduras triunfales en las casitas labradoras. Toldo de nubes para el cielo; camberas enfangadas.

La niña a quien dicen la *Rubia*, sin adjudicarle ni siquiera un nombre cristiano, patrimonio de la tribu expósita, va hoy a misa mayor con Engracia Remesal.

Y con no poca sorpresa del vecindario, luce un trajecillo negro muy curioso, y se hinca junto a la

señora enlutada, bajo el penacho de los cirios familiares, donde una estera y unos reclinatorios señalan el sitio que se denomina aquí *sepultura*: en este caso la más sobresaliente de la parroquia.

Ya se recogen en el mismo lugar, doña Rafaela y Mercé, con largos mantillones de espeso tul y muchos libros devotos.

El taburete de la *Rubia* queda chiquitín a los pies del escaño que ocupaba doña Carolina Duarte. Por ella son, ahora, los más frecuentes respuestas de esta "sepultura".

Falleció en la última primavera, al nacer mayo, la noble señora madre de Antonio y de Engracia, y viuda del médico Remesal, que nunca quiso prescindir de la profesión a costa de su mujer.

Los dueños actuales de la casona descienden, por el abolengo maternal, de unos hidalgos muy ilustres, los Esquivel, emparentados con gente advenediza mediante el prestigio del dinero: jerarquías trasnochadas que remiendan sus cuarteles nobiliarios con el oro de América.

Fué Duarte un buen labrantín emigrador que, al volver rico de Cuba, se dió el gusto de unirse con la nobleza de Cantabria. De sus dos hijas, casó la más joven con el médico titular del municipio irucense, y quedó soltera la otra, hoy habitante al lado de su sobrina Engracia, en el hogar linajudo de los Esquivel.

Y una heredera natural del consabido linaje aprendió esta mañana, al vestir su primera ropa decente, una lección de doble caridad.

—Tú te llamas Victoria, ¿no lo sabes?



—Sí que lo sé.

—¿Y te apellidas...?

La chicuela hizo un gesto gracioso de omisión.

—¡Qué más da!

—Pero ¿quién es tu padre?

—El hombre de esta casa.

—¿Quieres ser *de veras* hija suya?

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque es malo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todo el mundo.

—Puede ser mentira...

—No; que riñó contigo aquella noche..., ¿te acuerdas? Me echó a la calle... El brazo que me apretó me dolía... Estaba muy oscuro el camino. Mi abuelo se quedó en el invernadero a dormir; mi madre no había vuelto de Luzmela...

—¿Y en dónde te cobijaste?

—En el pajar—suspiró la rapaza con un aire todavía de susto en el candil ardiente de los ojos.

—Yo creí que tú no tenías miedo...

—¿Miedo?... ¡Nunca!... Pero hambre sí... también frío...

—Pues *aquello*—subrayó Engracia con ternura y vigor—no volverá a suceder. Nadie te tratará mal en esta casa, ni en ninguna parte, mientras yo viva. Has de quedarte aquí, a mi lado, igual que mis niños...; los conoces, ¿verdad?

—Sí. Rodrigo y Esteban.

—Ellos, están en su colegio, y tú irás al tuyo el año que viene, para aprender muchas cosas y ha-

certe una señorita. Entonces ya tendrás el apellido de mi hermano...

Eran demasiadas advertencias para la comprensión de Victoria, un tanto cerril dentro de las insinuaciones morales, y muy lista, en cambio, para todo lo incomprensible y natural. Sólo se le ocurría hacer con la cabeza un movimiento afirmativo. La prevención contra su padre se le iba agazapando en la memoria a la brusca luz de tantas promesas felices.

—¿Y el abuelo?—preguntó, intranquila, de repente.

—¿Qué?

—¿Me dejará quedarme aquí?

—Sí; te deja. Hablé con él y con tu madre; están conformes en que yo te eduque.

—¿Y le veré a menudo?

—¿Por qué no?

—¿Le podré cuidar?

Engracia demostró apenas su emocionado contento.

—¿A cuál preferies entre él y tu madre?

Y la niña, rotundamente:

—A él... Como es tan viejín... Me quiere mucho; me cuenta historias de santos y de aparecidos... Yo le hago la comida.

—¿Tú?

—Y le coso los escarpines.

—¿También?

—¡Se le rompen tanto!

Enseñaba la *Rubia* en el abismo infantil de sus pupilas una condolencia enorme por cuanto había de ca-

duco y roto en el abuelo. Y conmovida Engracia le quiso explicar:

—Cuando él esté en el monte no podrás ir a verle; ya eres muy crecida para andar por ahí sola como un zagalillo; pero cuando baje a Iruz sí que le cuidarás alguna vez, aunque no lo necesite... Porque tu madre se casa este invierno y ya no irá de obrera a otros lugares: así atenderá al viejo más que ahora.

—¡Claro!—musitó la chiquilla, bañada en su propia claridad, con un optimismo candoroso y diáfano, sin parar mientes en lo del casamiento de su madre. No parecía quererla mucho, según Engracia pudo observar.

Y la nena rubia, más próxima que antes a su nombre de pila, más persona humana que ayer, se asió radiante a la dulce mano que se le tendía con la doble unción del bien físico y el alimento espiritual.

Candelas amarillas sobre la cera olorosa; humo penetrado de incienso; colores sosegados en los trajes del público. Y una mullida paz bajo la presencia de Dios.

El templo le parece a Victoria siete veces más espacioso. En ella, una fuerte disposición para vivir, un goce presente y cabal, agranda las cosas, las estira y empuja a términos descomunales, como si el mundo se hubiese acabado y de nuevo se empezara a crear.

Dibujos y sonidos de esta inesperada creación transfigurán a la chiquilla en un éxtasis de embriaguez. El calzado reciente, como su existencia de hoy; las medias sedosas; las telas finas en contacto con su carne dura y atezada, hecha a vendavales y resoles; el

velito encima de los cabellos peinados, rútilos en su inédita pulcritud; la frescura de la piel, lavada y ungida con el adobo desconocido; toda la novedad que experimenta, contribuye a darle ricas amplitudes para lo que tocan sus miradas y sus pensamientos.

Algo le duelen los pies dentro de los estuches primerezos, y los ojos puestos en una vasta longitud, práctica y moralmente, con su atisbo zahorí que tiene mucho de horizontal.

Porque desde esta renovación de su vida, se complace la *Rubia* en prescindir, con desdén sumo, de antigüedades que ya no le interesan.

Los montes, por ejemplo: no los necesita. ¿Para qué le hacen falta aquellos riscos empinados y mazorrales donde se barrunta el lobo en cuanto empieza a nevar?

Para nada. Únicamente el cortil de Dulizosa, hospedaje del abuelo cuando la vacada sube al invernol.

Bien: se quedará, por excepción, con la altura donde radica esa cabaña.

No quiere, tampoco, el río, el ansar ni el lerón. Sus zapatos de gamuza no se exponen al espinoso argomal del bosque ribereño; ni los ha de herir saltando por lastras y derrubios como una pobre cualquiera, ¡qué disparate!

Ya Victoria no necesita humillar los inquietos ojos, si no es al recrearse en su calzado pulido, o para coger alguna flor. Y los ha de subir sólo para que el cielo y los pájaros contemplen su lindo rostro.

A ver: ¿qué le importa a la niña un robo de manzanas y nueces en el florón de los árboles, ni la pesca de anguilas y truchas en los cadosos del Salia, o los baños

furtivos a plena desnudez bajo las quimas protectoras?

Le son indiferentes, en absoluto, esas miserables ocupaciones. Tiene bastante con dejarse servir a mesa y mantel, pisar alfombras, tenderse en la nítida bañera de "su casa", y dirigir el rumbo todo recto y amable, extendido, muelle y prodigioso...

La risueña peregrina de esta llanura conserva en los dedos, aún, ciertas señales de verdín y en los brazos y piernas rasguños delatores de una actividad silvestre nada cobarde ni escrupulosa.

Pero aquéllos son los últimos estigmas de una selvática niñez abandonada a la oscura providencia. Desde aquí el paso menudo y cómodo, el apacible sendero en abertal.

Había que aprender a leer y escribir. ¡Eso era lo peor!

IV

ENGRACIA

A Engracia, mientras tanto, se le verifican los horizontes de un modo vertical, ineludible, aunque ella los quiere reducir al punto concreto de su dolor.

Desde el sitio que ocupa en la iglesia sube los ojos mortales y los del alma hasta unos recuerdos altísimos, por ser los imperiosos y clamadores. Y cuanto más viva alza su atención, más se le hunden los rumbos in-materiales en la tierra, como un resultado de aquel gran peso de las alturas. Entonces se le cae la mirada a recoger, instintivamente, los añicos de cuanto se le malogra por los cielos arriba...

¡Armando Lecuna!... La estrella que debe nacer de su espíritu arde ya para siempre; ¡qué lejos de la criatura necesitada de su calor!... Y ¡qué extinguido el hombre que para ella tuvo claridad y lumbre divina, como un astro!

En las puntas de su interrogación, Engracia se dice:
—¿Quién le mató aquí, en la vida terrenal? ¡Fué

una bala suicida, bajo el convencimiento de no conseguir la codiciada ventura, o fué el tiro de un asesinato, la clandestina agresión impune, traidora?... ¿Por parte de quién?...

Bajan las preguntas hasta el polvo, hechas trizas, y aparece el maligno perfil de Román Zárate, el esposo dañero con ínfulas de vengador; ese tipo del casado vil que, luego de apurar todas las infamias conyugales, comete un crimen sangriento para echarlo encima de su compañera y erguirse en una reputación santificadora; porque se han cambiado los papeles; ya no es él un verdugo, sino una víctima: cerca de la esposa infiel nada menos que un hombre "de honor"...

Ha sucedido el drama durante una cacería montañera. ¿Cuánto tiempo hace?

¡Cuánto, Dios mío..., y qué poco! Dos años. Precisamente ahora se acaban de cumplir... A Engracia le punzan las espinas de la sien al inclinar la frente reuniendo las siniestras memorias.

Era diciembre, como hoy. Los jabalíes hacían calvas en las praderas del monte, hozando revoltosos y bravíos. Se dieron cita los señores del valle; resonaron el bígaro y el halalí por cañadas y alcotes; hubo preparativos de gran comida en el teso más ancho de Garbul, junto al invernal del tío *Lirón*, abuelo de la *Rubia*, un anciano muy terne y despierto famoso en aquellos lugares.

Al amanecer del día señalado había por el oscuro faldeo de las montañas un rebullicio de fiesta, como si un aire de cornamusas y rabeles se derramara desde la copa del Silencio.

Muy próxima la Navidad, benigno el resuello del



ábrego, estuvo la atmósfera templada, grande la luna y bien arraigado en la noche un lucero clarísimo y desnudo, semejante a la estrella encaminada a Belén como signo de los Reyes Magos.

Soplos de Epifanía en los portales y rediles, en las iglesias y los humilladeros, donde retozaban ya los villancicos, alboques y crótalos, dulzainas y campanillas.

Humaredas en los apriscos, lumbres que se hacen señas por todo el rastel de las cimas: noche larga y alegre, esperando la diversión cazadora.

¡Qué tarde amaneció! Cantaban los gallos, registro del pastor y el mastín, y todavía pisaban las estrellas en un cielo nocturno. Las algaradas de la cacería se hicieron resonantes en gollizos y alcores de la sierra, casi juntas con los cánticos inefables al Niño Jesús...

Y allá en la cumbre del monte, a la hora en que el sol, a buen lucir, se entrega como un pan caliente y dorado, cayó muerto el poeta Lecuna.

Le hallaron con los brazos extendidos en cruz y una bala en el corazón; los ojos ciegos, clavados en la ofrenda tostada del mediodía.

El sumario de averiguaciones, alarmas y sospechas, todo el clamor del terrible episodio, quedó envuelto en nieblas y dudas, aunque la Justicia dió como fiel su sentencia de "muerte por suicidio".

El cazador más próximo a Lecuna, en el instante funesto, era Antonio Remesal. Pero junto al cadáver se encontró cierto revólver descargado una vez, y la autopsia dijo que la bala mortal pertenecía a ese propio Smith.

No obstante, la voz del pueblo, trocada aquí en altavoces de montañas, quiso creer otra cosa.

El mozo aquel, sonriente y amable, que ejercía con tanta bondad su profesión de notario en el distrito, gozaba de excelentes simpatías, sin demostrar, ni por asomo, ninguna de esas desesperaciones que pueden conducir al suicidio.

Escritor por temperamento y gusto, profesional en leyes extraoficiales, hombre de ideas altivas y carácter apasionado, Lecuna hacía versos y publicaba novelas sólo con fines artísticos, como para descargar el ánimo de la burda prosa notarial que su carrera le imponía. Era soltero, andaluz, caluroso. Y se había enamorado de Engracia Remesal no tanto por verla hermosa como por saberla infeliz.

De aquel amor, indudablemente correspondido, dentro de la honesta sobriedad, con reservas y privaciones continuas, no hubo más síntomas aparentes que el de un trato social muy expresivo por los acentos, las miradas y las asiduidades preferidas. Y la evidencia de algunas cartas demasiado fervorosas.

Por aquel tiempo Engracia vivía en Iruz sola con sus niños, ya el esposo descarriado en la vecina capital, después de muy graves disgustos y denuncias contra él, por sevicia y otras perversidades. Se tramitaba judicialmente la separación del matrimonio en escaso límite, bajo el yugo del Sacramento indisoluble.

Y sucedía que, una noche, comenzó a arder por sus cuatro esquinas la vivienda de la muchacha, en forma de horrible premeditación.

Los criados salieron difícilmente al jardín y la madre quedó, voluntariosa, junto a la hoguera, decidida a

salvar a sus niños o perecer con ellos. Fué el suyo un arrojito sublime, una bravura heroica, de esas que pocas veces alcanzan semejante excelsitud.

Y la mujer rescató de una muerte horrenda a los hijos. Desnuda, herida, espantada, así logró pisar una tierra compasiva fuera del horno devorador. Y así la recogieron exánime, rendida con el peso victorioso de sus criaturas.

A milagro se tuvo que la belleza de Engracia radiase en toda su límpida salud, acaso más que antes de la tragedia, y que tampoco los nenes quedaran señalados por la llama criminal. Casi nadie supo que la madre llevaría siempre, como signo patético, las cicatrices de una quemadura sobre el corazón.

* * *

En una revista de Madrid publicaba entonces Armando Lecuna su gran poema: *La diosa del fuego*, una exaltada composición que en Torremar y su provincia levantaba comentarios y rumores sensacionales.

Ya la musa del poeta sevillano habitaba en la casona hidalga, al cobijo de su familia, en la cual Antonio, el mayorazgo, respondía con alarde varonil a la protección que su hermana parecía necesitar.

No se adjudicaba esa actitud sin diversas intrigas y resbaladizos tapujos. Porque el supuesto defensor de la pobre malcasada sostenía buenas relaciones con el marido, acusado siniestramente del incendio monstruoso, y con el hombre que hacía las poéticas glosas de aquel atentado inicuo.

Antonio fingía conservar ambas comunicaciones por

afición detectivesca; aspecto que le ayudaran a descubrir deslices o culpas, si las hubiese; y con fieros propósitos de sanciones y venganzas aterradoras.

Pero transcurrían los meses sin que el acechador lograra comprobar las pretendidas ligerezas de su hermana, que, de existir, serían para él motivos de ventajosa industria. Y sin que al sospechoso de incendiario se le demostrase el delito.

Alguien llegó a suponer que lo que Antonio hacía era explotar aquellas dos amistades con su acostumbrado cinismo. Tenía poco dinero y Román Zárate le sacaba de apuros; derrochador más bien que generoso, y amigo de que su cuñado le debiera favores, hacía gala de repartir con él escándalos y monedas, unas veces en Torremar y otras en Madrid.

El trato de Lecuna, a quien Remesal aborrecía por inteligente y noble, le daba algún prestigio cerca de su hermana, la predilecta en el hogar y por cuya mediación conseguía, a menudo, perdones y mercedes.

En tan difíciles posturas, cubriendo y enseñando sus maniobras con el peor afán, llegó para este hombre un trance de negros compromisos, una hora de inaudito malhacer. Vísperas de la cacería memorable.

* * *

Ocurrisima trama; vergonzosa complicación de intenciones, en las cuales parece imposible que prevalezcan unidas las voluntades.

Hoy, desde aquí, a la luz de los recuerdos lívidos, Engracia reconstruye la muerte de Lecuna. Se le van aclarando los densos crespones de su desdicha.

Y contiene el grito próximo a brotar. Porque, de pronto, ve a su hermano con un Smith sobre el pecho de aquel hombre a quien ella adoraba. Escucha el tiro homicida, un retumbo feoz en la soledad montañesa... Percute el eco de la descarga, como una serpiente que rastrea bajo el aullido melodioso del paisaje. Y el silencio cobra un estupor indecible.

Armando Lecuna ya tiene vidriados los ojos, agónica la sonrisa, quietos los pulsos, frío el corazón...

Con las pupilas grávidas y la mirada vacía, adquiere la mujer en su reclinatorio una brava y recia actitud.

¿Por qué antes no ha comprendido que fué la sorda complicidad de un crimen lo que le arrebató así el único goce de su vida?

Recuerda que por aquel mes corría en manos de Antonio un dinero injustificado. Y que poco más tarde acentuaba su marido las tentativas para obtener de ella una reconciliación.

Estaba paralizado su litigo matrimonial en los tribunales canónicos; y Engracia sólo tuvo resistencia para negarse al pacífico arreglo, ya sin el interés de conseguir aquella secundaria libertad que antes apetecía. Al cabo la obtuvo, precariamente; según las leyes eclesiásticas. Quedóse por dueña absoluta de la tutela de sus hijos y de su capital, sin ninguna obligación económica con respecto al consorte, que era rico.

Y le llegó tan relativa independenciam al heredar a su madre, y verse mejorada, todo lo posible, en el testamento. Moría la señora inesperadamente, llena de angustias por el hijo mayor aunque sintiera un poco de alivio dejando a Engracia libre del yugo de Román



Zárate; o, por lo menos, de su inmediata brutalidad.

Y la dama partió de este mundo con la certidumbre de que su hija cumpliría la constante recomendación sobre Antonio, la súplica insistente como una plegaria: "Vela por él; no le abandones, para que se regenere y se cure de sus vicios. Ayúdale con el ejemplo y la paciencia: ¡tú que padeces sin culpas!"

¿Sin culpas?... La madre se iba ignorando el vehemente amor de la muchacha, desconociendo los propósitos de emancipación y rebeldía que ella quiso realizar.

Candorosa mujer, exenta de pasiones y conflictos sentimentales, doña Carolina vivió ausente del álgido temblor que se produce en una existencia dramática. Estuvo muy cerca de su hija y nunca le vió el rostro febril de ansiedades y de inquietudes; no percibió cómo la joven mordía la locura de sus pensamientos y luchaba con el atavismo social, frente a lo que, en términos convencionales, se llama el Deber y el Amor.

Y Engracia, que jamás tuvo a pecado el hecho invicto de querer, ahora ve aumentarse las dimensiones de su tragedia con súbita profundidad que tanto puede ser el arrepentimiento como la duda. Avisos religiosos, zozobras de una rectitud que siempre ha levantado su gallardía netamente, la combaten aquí. Las bóvedas del templo se le desmesuran a la vez que lo subterráneo se le precipita en un silo resonador.

Porque, siendo inocente, ¿cómo es posible que le amenacen con delaciones y asechanzas, con deshonor y vilipendio, tal como su hermano lo hizo, implacable, aquella noche?

V

VÍSPERAS

Muy tristes suenan para Engracia la cuerna y la zambomba, el pito y el tambor con los aires ingenuos del villancico. Aniversarios crueles para la mujer que ha vuelto al punto de abandono donde la encontró el poeta después de su fracaso matrimonial.

Dos años hace que su existencia carece de proyectos y se deja ir a la deriva como nave sin rumbo. Y ya siente acusadora la desazón de aquella infertilidad, con la urgencia de dirigirse a alguna parte.

Lo que sucumbe en la enamorada es la ilusión, no es la vida ni lo que en ella se impone a cada minuto con su perenne conflicto que es necesario resolver.

Y toda una juventud responsable encabrita su voz en aquel espíritu derecho que se resiste a las vacilaciones, aunque está destinado a las grandes zozobras. Bastante tiempo se ha escondido quieta y muda, en un dolor áspero a veces como el monte, insondable como el cielo y el mar. Necesita vencer aquel sopor infecundo, salir

de aquel sueño angosto y construirse una esperanza que la refugie y sostenga. Es preciso que ande entre las gentes, que se agite y sacuda fuera de sí misma, aunque guarde para siempre la soledad apretada sobre el corazón.

Así lo quiere hacer, y la hija de su hermano le sirve de estímulo en las nuevas jornadas. Victoria García; casi nadie; la criatura de nombre irónico, de apellido maternal, como prole de una tribu arcaica; la niña incivil y montés, que ya se transforma, y engríe el talante peregrino al calor de su primer hogar.

Los chicos de Engracia se educan en un gran internado y lo reúnen todo: cariño, posición, salud, cuidados excelentes. Y, también, un carácter significativo y violento, de esos que recuerdan al tierno arbolillo que es menester enderezar desde su primera torcedura. De un modo especial Rodrigo, el mayor, da mucho que temer con su genio irascible, su terca voluntad y el orgullo indómito que le mantiene en continua excitación. Doce años tiene y dos menos Esteban, de cualidades más apacibles aunque tampoco muy tranquilizadoras. Es envidioso, taciturno, callado y vengativo. Los dos arrogantes, inteligentes, son muchachos prometedores que sin duda no pasarán oscuros por la tierra.

Y la madre los ve con una incertidumbre temerosa. Por experiencias de familia sabe que la educación no consigue en la mayoría de los casos nada más que imponer el disimulo sobre los defectos radicales y entornar un poco la hechura básica de las condiciones. Es la posibilidad de conocer el pecado y taparse las vergüenzas con un barniz de hipocresía, como Adán con la hoja de parra en los vergeles del Paraíso, luego de per-

der la inocencia. Acaso el carácter es lo único que enaltece y construye las almas en los moldes eternos de la vida. Y ese designio es una marca de predestinación que alumbramos al nacer.

Antonio Remesal era un ejemplo del estéril propósito que en la casona de Iruz extremó todos los recursos de las buenas enseñanzas para corregir los instintos malévolos de un joven.

No llega Engracia a un total pesimismo bajo la gestión de tales fracasos; pero se detiene alarmada y cavilosa frente a los hijos de Román Zárate. Le estreñece y conturba el porvenir de los niños que ella trajo al mundo, y que están allí al comienzo de la subida, enigmáticos y audaces en espera de la suerte.

Y le producen a la madre también una rara impresión de novedad, como si no fueran suyos. Siempre los mira un poco extrañada y confusa, sorprendida de verlos crecer y descubrir inclinaciones que no comparte, tendencias y gustos ajenos a la herencia moral que les quiere transmitir. Teme no haber puesto en ellos más que la hermosura y la salud físicas, sin haberles dado su tesoro espiritual, ningún sendero que arrumbe a las tiernas vertientes de su corazón.

Había influido mucho su gracia de mujer para modelar el alma de un poeta y no servía su virtud maternal para imprimir sobre los hijos la onda trémula de sus deseos. Involuntariamente puso calidades y matices augustos en la conciencia de Armando Lecuna, por la soberanía maravillosa del amor. Y toda su voluntad era inútil para conseguir de los hijos una evidencia aproximativa que le diese la sensación amorosa del pa-

rentesco. El padre, ácido y brutal, parecía interponerse entre sus criaturas y los brazos de Engracia.

¡Tan suyos como eran los versos del novio dormido para siempre, y tan ajena la robustez psíquica de los niños engendrados por Román Zárate! Si el hijo más honrado y natural del poeta es su palabra, divina bajo la inspiración de una musa, las estrofas del muerto concebidas en la belleza de Engracia eran la viva flor de aquellos amores grandiosos y tristes: así Petrarca y Laura tuvieron un hijo, inmortal y excelso en la poesía del vate...

Y la diosa del fuego, madre de númenes gloriosos, viuda del cariño sublime, está fatalmente distante del propio fruto, concebido sin deseo ni amor.

Ya corren en las antologías españolas, como dechado de creación nueva y triunfante, las rimas de Lecuna; se le conmemora en tono de poeta magistral, doctísimo el mundo literario del malogro del artista; y Engracia se entrega con pasión a su destino de musa póstuma, en tanto que los pimpollos de Zárate se aíslan, huidizos del regazo maternal con inconsciente bravura.

Hay algo rebelde y misterioso entre ellos y la mujer; algo frío y tirante que les hace sonreír con angustia desde un retraimiento incomprensible, mirándose y desconociéndose; queriéndose buscar sin que el hallazgo consiga una exactitud caliente y feliz.

Acaso esta rara situación contribuye al anhelo con que ella tiende sus manos huecas a Victoria García. Siente a la rapaza de Antonio mucho más suya que a los hijos de Román.

Vínculos de naturaleza inferior y otros más insig-

nes del espíritu unen a la dama y a la niña que se parecen en la cara, en la voz, en los sentimientos y los impulsos, más que la madre y los hijos entre sí.

Y Engracia juzga providencial su acercamiento a la Rubia; aquella unidad de parecidos y casualidades que ponen a la muchacha bajo su custodia con todo el aspecto de una hermanita menor. Goza con que doña Rafaela y Mercé la traten como a persona de la casa, igual que a los chicos recién llegados del colegio para celebrar las Navidades.

Ellos son los que extrañan allí a Victoria. La costumbre de verla indigente y arisca por los erios y los matorrales, sin más sombra que la escasa y lueña hombría de un pastor viejo, empinado en el monte, sugiere a los colegiales una fuerte predisposición a mirarla como intrusa. Las razones que justifiquen su permanencia en la casona, son, por otro lado, turbias, reticentes y emboscadas. Y los herederos legítimos sonríen maliciosos, oponiéndose a la devoción y aun la transigencia con la advenediza.

Se establece, pues, entre los primos un tácito des-acuerdo, sin que la desdeñada se dé mucha cuenta de los desdenes. Tan dichosa vive en su fortuna y con tan poco hábito de requiebros y suavidades, que todo le parece magnífico dentro de lo prodigioso.

Y ella también sonríe a los desplantes de los muchachos, se divierte con sus burlas, y considera natural su desvío, como un gracioso juego.

Sólo alguna vez se ensimisma, expectante y supersticiosa.

—¿Qué tienes?—le pregunta Engracia.

—¡Si viene “el amo” y me echa a la calle!—murmura la chica, por única explicación.

—Ya te he dicho que eso no volverá a suceder. El sabe que estás aquí, con nosotros, y respeta mis decisiones: hasta me escribe dándome el parabién por haberte traído.

Era verdad. Las relaciones, virtualmente rotas entre los hermanos, se sostenían con fingimiento de tolerancias mutuas por el interés de Victoria. Casi cierta Engracia de que Antonio fuese el asesino de Lecuna, retorcía su corazón callado frente a la invalidez conmovedora de la niña. Si aquel enorme sacrificio de su silencio, y aun de su aparente amistad con el hermano, servía para impedir el abandono absoluto de la nena, estaba decidida a realizar su obra de ternura y redención. Y evocaba, para enardecerse, el recuerdo de su madre moribunda, mientras la chiquilla le iba ganando toda la voluntad.

Durante las ausencias de Antonio no hallaba la heroína demasiado penosa su determinación. Ni amenazaba él con su regreso. Unas cartas lacónicas, frías y convencionales, eran el único indicio de que al mayorazgo no le convenía romper su comunicación por completo con la hermana rica y valiente: porque estaba dando pruebas de coraje junto a la pobre Victoria García.

Y Antonio, desconcertado ante aquella actitud inesperada, fingía admitir, y aun aprobar, por reflexión y arrepentimiento, el amparo ofrecido a su hija en la ilustre casa de Esquivel. Algún partido sacaría de tales concesiones.

VI

NOCHEBUENA

Engracia Remesal ha construido un *Nacimiento* precioso para los muchachos; todo un monte que ocupa varios metros junto a la pared del salón, y está lleno de encantadores anacronismos. Funcionan lámparas eléctricas en los palacios modernos de Jerusalem, un hatillo de ovejas discurre mansamente a la orilla del ardoroso ferrocarril, y un brazo de mar irrumpe, altivo, en la montaña con su buen trasatlántico en el lomo. El cielo, de fuerte añil, con aeroplanos en perspectiva, resplandece de toda clase de luces, y el Niño Jesús lleva sobre la cándida frente una corona de marqués.

Los chicos no reparan en esas pequeñeces; disfrutaban, aplauden y entonan un limpio cantar de Alonso de Ledesma:

Alma dormida, despierta
y escucha el dulce clamor,
porque esta noche el amor
te ha echado un niño a la puerta.

No es bastardo aunque esté al hielo
ni pobre aunque a puertas va;
ni huérfano con que está
rico su padre en el cielo.
Y pues tu dicha es tan cierta
estima en mucho el favor,
pues esta noche el amor
te ha echado un niño a la puerta.

La voz cascada de Mercé, con la más juvenil de otras sirvientes, hace coro a los niños.

Una aliará cazadora suena, como instrumento musical, marcando bárbaramente el son de los cantares.

Doña Rafaela escucha y llora entre oraciones, a una orilla del córtijo. Es que se ha conmovido. Su tímida vejez propende a toda enflaquecida sugestión.

Y un aura de poesía estremece el cuadro simple y dulce. A impulsos de aquel soplo esencial se agitan las estrellas de papel clavadas en el celaje de una colcha azul, el florón de los arbolitos cuajados de ramas en diciembre, el rastel de los oviles, la rosa de los molinos, y sobre todo la fina espada de Toledo que esgrime Herodes con un ademán feroz.

El conjunto de la escena, tierno y candoroso, conviene, también, a viejos y pastores. Algunos se asoman por allí, sonrientes, con los ojos aguados, como si el llorar de una larga vida les hubiese dejado los lagrimales húmedos hasta la muerte.

Cuanto más público acude más se esmera la gente menuda, variando sonos y coplas. Un verso de Lope de Vega, con tono de seguidilla, dice:



Zagalejo de perlas,
hijo del alba,
¿dónde vas, que hace frío
tan de mañana?

El entusiasmo de los cantores crece durante el desarrollo del tema. Y sin cansarse, dan comienzo a una rima de Francisco de Avila, con igual música:

Portalico divino,
cuán bien parecen
*con el Niño chiquito, bonito
que nos ofrecen.*

Al correr de la composición repiten con embeleso el estribillo, como en los anteriores poemas, y se enardecen aportando nuevas estrofas a su homenaje. Todos los villancicos clásicos tienen hoy en la casona de Esquivel honores de reposición.

Engracia, que se los ha enseñado a la chiquillería, estuvo acompañándoles al piano un poco de tiempo, y de pronto dejó el taburete y la sala con una prisa algo alarmanante.

Salió Mercé a decirle:

—¿Quería alguna cosa?

—Nada. Vuelve allá, que sólo voy a descansar un rato.

Se sustituye otra vez el acompañamiento artístico con insensatos repiques de todas clases. Hasta un añafil moruno baja de la panoplia de los abuelos a meter alborotos.

Han resuelto los festejadores esperar la hora de la

sagrada Natividad para asistir a la misa del gallo si doña Rafaela da su permiso. No se muestra la señora reacia para concederlo y se retira a su habitación con intención de acostarse. Sube Mercé con ella y el resto de la servidumbre permanece con los chiquillos y otros invitados humildes, esperando el toque a la misa.

Engracia había salido a un espeso jardín que rodea la mayor parte de la casona, dejando la fachada principal descubierta al camino público.

El hondo vergel, tapiado con firmes paredes, tiene acceso a una carretera provincial de poco tránsito, y la puerta que establece aquella comunicación casi nunca se cierra. Un fácil picaporte consiente el paso al jardín, aun sin que sea menester tocar la campanilla, que sólo para visitas de cumplido suele tener empleo, cuando algún coche de lujo se detiene allí, en vez de dar la vuelta hasta la entrada del zaguan, frente a la plaza mayor.

De modo que el huerto es amplio y tranquilo. Desde él se puede entrar por varias puertas a los bajos de la casa y subir a los departamentos superiores por dos cómodas escalinatas de piedra que irrumpen en sendos terrados.

A uno de ellos se abre el dormitorio de Engracia, lindo gabinete de elegante sencillez que se tomaría por un cuarto de soltera según tiene de reducida la cama, vestida de azul, como las colgaduras y sillones. Tallas antiguas en el tocador, el armario y el escritorio, buen gusto señorial en los sobrios detalles decorativos; una ventana al mediodía, cara al

monte, que no está lejos; la puerta del terrado, sobre el jardín, en la fachada del poniente, y otra que confina con un salón isabelino, muy hermoso, de más categoría que el de abajo donde se puso el *Nacimiento*...

Se ha hecho clara la noche como un amanecer; sube, plena, la Luna en el espacio, y ya vibra el alarido de las campanas, de esta torre a la de más allá, convocando a las aleluyas del glorioso natalicio.

Engracia se esconde en el jardín, roncera de la festividad, siempre con la triste pesadumbre de su amor. Y pasea distraidamente bajo el cielo sacudido de astros, cansada del barullo infantil y hasta de la emoción penetrante de sus canciones.

Todo en estos días le recuerda atrozmente su desventura, y en algunos momentos le es imposible resistir el martirio de tales memorias.

De pronto, en el pliegue de un camino, ve que alguien se le aproxima. Ya, más de cerca, saluda:

—Buenas noches, tío Lirón.

—Santas y buenas las tengamos.

—¿Venía usted a visitar el *Nacimiento*?

—A eso mismo.

—Yo lo creía a usted en el monte.

—De allá bajé esta tarde, a ver a la nieta... Y a cenar con la hija, que se ha quedado muy sola.

—A nuestra *Rubia* la tiene ahí, cantando villancicos entre un montón de rapaces. Está buenísima y se porta muy bien.

—Mejor: que los buenos procederes nunca están de más. Y el cielo premie la acción tuya.

—Era voluntad de mi madre—advierte Engracia,



esquivando con modestia los elogios. Cambia de conversación y pregunta:

—¿Está contento con la boda de Tina?

—¡Pchs!, no sé qué decirte... Hay tanto animal dañino por el mundo adelante, que anda uno cauteloso.

—Lleva razón—suspira la joven, mirando de hito en hito al viejo, que se apoya en su cachava y puja al hombro un morral. Con sus ochenta años encima se yergue bastante bien, sube a Garbul y pastorea con más eficacia que algunos muchachos. Tiene los ojos como chispas, lanceantes, achicados por las arrugas; las manos, secas y gesticuladoras; el aire, mansurrón. Aunque a veces despierta en él un orgullo de casta, muy cántabro, y una sabiduría recóndita, llena de cristianas raíces.

En este hombre se reúnen los abolengos personales más famosos de la región. Influye en sus características una especie de supervivencia mitológica; tiene algo de apóstol y de rabadán, algo de prendedor y de vate, de filósofo y de humorista.

Se cuentan cosas muy bizarras de su juventud. Hasta fué marinero para completar el recio tipo que forjaba Castilla entre los montes y el Cantábrico.

Usa con frecuencia arreadas frases que se deslían en un gran sosiego, y en ocasiones se exalta con sentencias profundas y medrosas. Navegante y soldado del rey, con jornadas en Cuba y en el Rif, una miaja contrabandista cuando llegó el caso, persecutor de abigeos por hoces y montañas, tiene mucho que contar el tío Lirón; sabe de la vida y de la muerte no pocas aventuras y también las sabe inventar si se acude a su fantasía con halagos de adulación.

Pero a menudo se queda muy distante de lo que le preguntan, como perdido en un recuerdo donde casi se extingue la realidad. Es que entonces no le consiente la vejez más lumbre que aquella de las chiribitas de los ojos, fúculas perdurables sobre la yerta memoria del anciano. A la tenaz observación de Engracia sacude el rostro barbitaheño y susurra:

—Agora vine porque no está el lobo en el cubil—y hace una expresiva indicación hacia la casa—. Vine porque los demás sois corderos. Y os tengo ley.

—Sí, sí; pase allá; nada tema,

—Temo, bendita de Dios, que venga *ése* a quitarnos la criatura.

Con desprecio escupe al decir *ése*, altivecido, aun de cara a la señora. Enjuto, con el semblante aguzado por soles y relentes, despide un vigoroso olor a macho cabrío; ha lanzado la saliva espesa de tabaco, igual que un estiércol encima de una flor, y tan bien parece su sombra en el suelo, al caer de la luna, que la magia entre el hombre y la naturaleza adquiere allí una revelación incomparable.

Engracia se fascina mirando al viejo y no responde.

—Pero yo—dice él con arrojo, ahuecando la voz—te daré un cachillo contra *ése*. Tengo mucha vista y estaba en el invernial de Garbul, cuando un cazador villano, que yo sé, mató al forastero, inocente de la mala culpa, sólo por servir al tu marido.

—¡Tío Lirón!... ¡Calle, calle!

—He callao por si perdías tú alguna cosa de eso que llamáis honor los señores... Pero si el indino de esta casa, mismamente Lucifer, nos llevase la cría...

—¿Adónde?... No tiene derecho—interrumpe la señora, desatinada, con el acento crispado.

—¡Qué sé yo!... Cavilo y se me hace imposible que nos la deje aquí, calzada y vestida, a la vera tuya, como un ser de la cristiandad. Su diversión era verla padecer el hambre y el frío, arrastrada igual que un gusano.

Engracia no le escucha; bajo un asedio de estupeores quiere saber, cerciorarse del crimen que en su conciencia iba tomando realidad últimamente. Trata de que no hable el tío Lirón y se muere por hacerle mil preguntas veloces.

—Usted está seguro de que Antonio fué...

—Lo vide, niña; lo puedo jurar. Estaban asina, hablando como tú y yo, y de repente, Caín sacó del bolsillo una pistola y le partió al otro el corazón... ¡Pobre mozo!... Cayó de espaldas, extendiendo los brazos como si quisiera agarrarse al monte... ¡Parecía un Cristo en la cruz!...

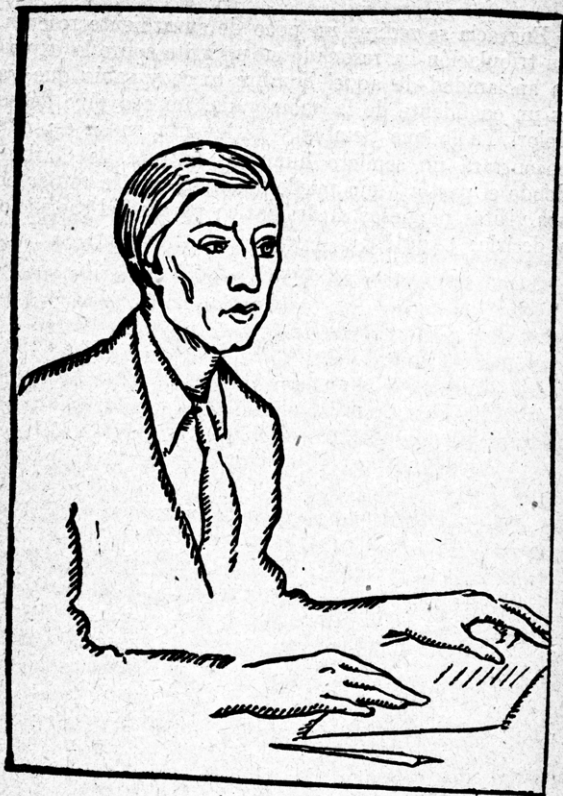
—¡Ay!—ruge la muchacha de una manera ronca y terrible, vacilante hasta el punto de que el viejo la tiene que sostener.

—¿Queríasle mucho, cuitada?

—¡Sí!—grita en un raptó frenético, juntos la confesión y el alarido, con toda la noche en los ojos y una lividez espantable en la cara.

—¡Cuitadina!—insiste el pastor acariciando con mimo senil aquellas manos jóvenes y heladas que buscan su apoyo—. ¡Te hice mal, bendita del Señor!... Acuérdome de lo que mancan esos quererres escondidos como pecados mortales... Y que son los mejores, los de más adentro y más arriba... ¡Acuérdome!

Engracia se redime un poco de su ardiente reserva. Su tribulación ha resonado en un grito sobre la experta ancianidad de aquel hombre tosco y sabio que ya es un confidente de la enamorada, un eco vivo de su dolor. Ya lo que tiembla y se levanta en su espíritu encontrará un sendero humano; la ruta de Garbul, donde el pastor viejo puede acompañar a la mujer en sus visitas religiosas al dramático paraje del sacrificio, y decirle: ¡Aquí!...



VII

LA LEY

Todavía se alborotan las panderetas y los cliflos de nogal, los cantares y los festejos en torno a la santa Epifanía, cuando el mayorazgo de la casona viene a Iruz inesperadamente.

En la manera de recibirle Engracia conoce él que una valiente novedad ha reforzado aquel herido corazón, y que la niña anónima está allí bajo el escudo nuevo de un propósito inexpugnable.

Ya la hermana mira al hermano con invencible horror; le rehuye, le desprecia y no se cuida de ocultar que nada teme de él; mas parece indicarle que lo puede temer todo de ella; aunque procura revestir sus actos de cortesía y disimulo.

Esta actitud independiente, firme en alguna escondida potencia, es lo que no puede tolerar Antonio. Acostumbrado al imperio de la sinrazón, al brío de los ciegos mandatos, a la despótica manera de dominar a

su madre y a su hermana, sometidas por miedo a mayores disturbios, no se aviene a sufrir de cerca la imposición actual. Lo que desde Madrid, a través de un par de cartas, le pareció llevadero y aun conveniente para él, ahora le subleva como algo insoportable.

Quiso venir a convencerse de que su hija estaba, en efecto, al arrimo de la casa pairal como una honrada criatura. Y al verla allí, rebosante de salud y de ilusión, con un gracioso dominio en la sonrisa, llena de alegre curiosidad ante el porvenir, una indignación diabólica le humilla y le perturba.

Por ningún interés, por ninguna necesidad, quiere mostrarse rendido a Engracia: eso nunca. Supone que ella está en poder de su secreto: es lo más atroz que puede ocurrir, ¿verdad?

Pues no importa; sabe que la violencia es el mejor freno para las mujeres: lo ha experimentado. Si se acobarda, temeroso, está perdido. Sabe, además, hasta qué punto respeta Engracia el nombre de la familia y los últimos ruegos de su madre. No le delatará; ¿para qué, si los muertos no resucitan?

No hay más que un testigo posible de *aquello* de Garbul: el tío Lirón. Un viejo chocho que a veces se traspone, y que es enemigo personal del... "presunto asesino".

Antonio llega a decir esa palabra *asesino* como algo que le puede calificar en la acusación, sin duda, inverosímil. Quiere habituarse a ella, relativamente, por si oye que se la aplican. Va demasiado lejos en sus terribles suposiciones para curarse de todas las amenazas.

Pero no; él tiene otros secretos tan importantes como aquél; los testimonios de un amor que pudo haber sido criminal; ¿cómo se probaría lo contrario?

Nada más frágil y sutil que la honra de una mujer; como la que guarda en su archivo epistolar, muy reservada para las grandes ocasiones, contra aquella impertinente que le está desafiando. Nadie ignora que no es meticuloso y no se debe esperar de él un silencio que la buena fama le exige a ella, en igualdad de casos.

Nada, pues, de achicarse; y menos tratándose de la niña, cuando Engracia se opone a los desaires que él fomenta en sus sobrinos con relación a Victoria.

Y al cabo surge la disputa, la escena brutal delante de los niños. Doña Rafaela se desmaya. Antonio, exasperado, repite a voces:

— ¡Esa intrusa, fuera de aquí!

— No.

— ¡Te juro que se irá!

Una lumbre satánica se ha encendido en los ojos del padre, que aborrece la carne viva de su pecado, el palpitante recuerdo de un deber que no quiere cumplir.

Sale de casa haciendo temblar los quicios de la puerta, mientras la niña se refugia en brazos de su protectora.

— ¿Me echará?

— No—dice Engracia, sin comprender qué mal puede recibir de su hermano teniendo contra él un arma formidable, el *cuchillo* siniestro que le diera el tío Lirón.

Y se convence: no; la niña es suya; su compañera en la desolada soledad; su entretenimiento; su cariño.

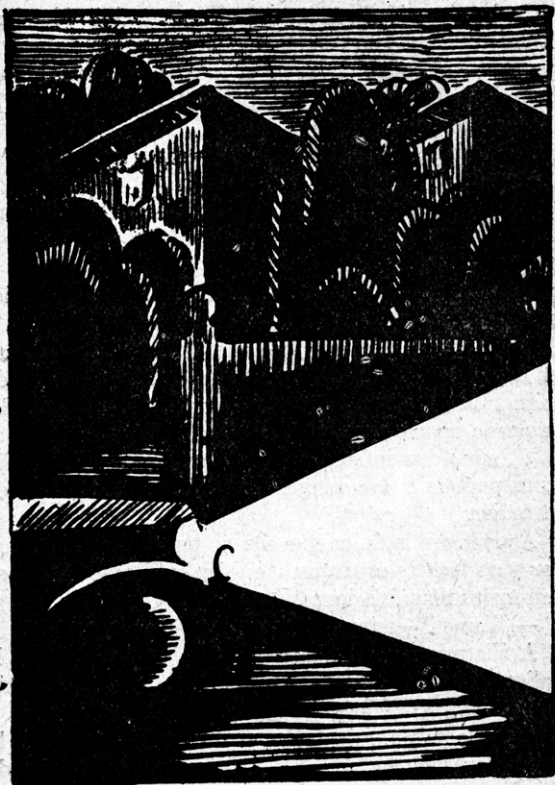
Está cultivándola como una rara flor; asiste, conmovida, al crecer de su alma, enhiesta bajo la luz de los primeros cuidados vigilantes; descubre el parentesco de sus mutuos corazones, y se alza en vilo para defender su tesoro.

Ella la rescató de la miseria y el desamparo; porque Tina García no vió en su criatura más que un motivo de deshonra. Seducida, con promesas de las cuales conoció muy pronto la falsedad, burlada inicua-mente, la moza del tío Lirón hizo bastante milagro con no poner a su hija en el torno de la Inclusa. Quizá tuvo una leve esperanza de reparaciones, en ella o en el fruto de su credulidad. Tal vez confió en algunos remedios, si no legales, económicos. Y tan adversa fué la suerte de aquel delirio, que la madre, ruda de condición, no estimaba la presencia de la chiquilla sino como un peso y una mácula.

Acabó la pobreza de amargar la niñez de la *Rubia*, en cuyos años primerizos sólo el abuelo puso un poco de dulzura y de calor.

Pero Engracia Remesal hizo a tiempo en la niña su obra de puro desagravio, un ejercicio de piedad y salvación, lleno en sí de recompensas.

Porque la *Rubia* adora a la señorita, la obedece con entusiasmo y con fe. Junto a ella se siente segura, y, no obstante, padece a menudo ese temor que embarga a los niños y nunca abandona al hombre sensible: un íntimo respeto a las fuerzas extrañas y amenazadoras que irrumpen en la vida normal; algo indecible como el odio de ese padre que vuelve a las pocas horas anunciándose con el trueno de una bocina.



Se ha detenido a la puerta un automóvil. Es el de Román Zárate y lo conduce un mecánico. Pero le ocupa Antonio, que entra en el zaguán y toma de un brazo a la niña con adusta prontitud:

—¡Vamos!

—¿Adónde?—le contiene la hermana.

—Adonde yo quiera.

Al sorprender el coche de su marido Engracia teme un secuestro que, para herirla más, hayan tramado aquellos dos hombres fatales.

No le deja Antonio suponer un nuevo delito y dice con alevosa jactancia:

—Esta ya es mi hija, porque te has empeñado tú en que lo sea. La he reconocido legalmente; le he dado mi nombre por consejo tuyo: ahora me la llevo. Nadie se puede oponer; nadie me la puede quitar.

Y, aún, con infame complacencia saca del bolsillo unos papeles y los desdobra ante los ojos pávidos de la mujer.

Aquello era lo único que ella no temía. Parece lo mejor y es lo más espantoso: el bien y el mal juntos en infernales maquinaciones.

—¡Vamos!—ordena el padre.

A Victoria el fuego que le estalla en las mejillas le calienta un instante los ojos. Después se queda toda blanca de susto, sin expresión y sin tino.

Antonio la empuja hasta el carruaje; la sube y la pone, dentro, a su lado. El chofer tenía ya la orden de partir.

Al través de un cristal se le ven a la nena flotantes

las ondas leonadas del cabello, acaso la llamarada eléctrica de unos ojos que reviven.

Y el auto huye sobre su propio estruendo.

El hermano Caín no muere nunca...

FIN DE LA NOVELA